

# BOLETIN DOMINICAL

CONSGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

**D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.**

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

EN OÑA.

Hemos tenido la dicha de asistir á las solemnísimas fiestas con que el Colegio de la Compañía de Jesús ha celebrado las glorias de San Ignacio de Loyola y de sus tres hijos, los Santos recientemente canorizados por la Santidad de Leon XIII. Y tambien hemos tenido la honra de predicar en aquella Santa Casa el panegírico de S. Alonso Rodriguez. Por falta de tiempo y sobra de ocupaciones no pudimos escribir nuestro trabajo; pero conservamos los apuntes y el bosquejo, y procuraremos redactarlo en debida forma para que se publique en EL BOLETIN DOMINICAL. A la mayor brevedad verá la luz pública en *La Fidelidad Castellana* una bellísima reseña de las fiestas de Oña

que han sido presididas por nuestro venerable Prelado.

El rescate del pintor.

—¡Qué peñasco tan escabroso! exclamaba un jóven, cierto dia del año 1633, mirando con el cuerpo inclinado hácia el abismo, en uno de los sitios mas escondidos de los Abruzos. Sin duda fué sobre una roca semejante donde se vió Prometeo encadenado, en castigo de su temeridad. Lo cierto es que estas profundidades parecen hechas de intento, para abrigo de la fuerza y de la violencia: esas dos divinidades que ensalzó el poeta griego. Si en algun tiempo llegara yo á pintar el cuadro que imagino, para adquirir celebridad, este monte seria mi Cáucaso; aquí haria bajar el buitre que devoraba eternamente las

entrañas del mortal generoso, cuya mano atrevida arrebató la celeste llama á los dioses del Paganismo.....

Mientras nuestro héroe se entregaba, lleno de entusiasmo, á sus poéticas reflexiones, un bandido que le habia ido siguiendo, se presentó de improviso y apuntándole con la carabina, hizo resonar en sus oídos con voz terrible, la aterradora frase: la bolsa ó la vida!

El jóven volvió la cabeza con indiferencia, y dirigiéndose al bandido, le contestó tranquilamente:

—La bolsa, mi buen amigo, hábrás de pedirselas si quieres hacerse con ella, al último posadero del valle que se encargó de desocuparla; y en cuanto á la vida puedes tomarla si te agrada, pues no tengo empeño en conservarla; pero te advierto que no te servirá de gran cosa.

Pronunció estas palabras con tal amargura, que el bandido bajó el arma, y á impulso de ese instinto humano, que hace amigos á los que sufren, se adelantó hácia el viajero diciendo:

—¿Con que eres desgraciado? ¿Quieres ser de los nuestros?

En aquel mismo momento acudieron otros bandidos, acompañados de una mujer de singular

hermosura, quien se acercó al primero, para cerciorarse de que no habia corrido riesgo alguno.

—No tengo nada, Marietta dijo éste; es un muchacho sin armas: algun discípulo de la escuela de pintura, porque tiene un lápiz en la mano.

—¡Nada de cuartel! gritó en esto acercándose un viejo, sin duda capitán de la cuadrilla, y en cuyo rostro feroz, se veía retratada toda una vida de crímenes. ¡Nada de cuartel! Estos pintores son espías que vienen á retratarnos, para darnos á conocer al gobierno; esparcen luego nuestros retratos por las ciudades y las aldeas, en términos que no podemos ir ni aun á la Iglesia, por miedo de que nos conozcan y nos prendan. Mil veces me han hecho perder la misa, en dias bien solemnes; á mi que soy cristiano viejo. ¡Nada de cuartel!

—Con todo, replicó el primer bandido; este muchacho parece estar desengañado del mundo. Además, para llegar hasta aquí sin conocer los senderos, es preciso que sea jóven de resolución y como acabamos de perder á Francisco, que era de su misma edad, en la última emboscada, le he propuesto que se quede con nosotros....

—Gracias por el obsequio, dijo

el jóven, pero no tengo gran afición á tu oficio.

—Creí, añadió el bandido, que eras un verdadero hijo de Nápoles, y como tal, odiabas á los extranjeros.

—Soy en efecto hijo de Nápoles. Detesto al Virey y á los suyos tanto ó mas que tú; y cuando suene la hora del combate, no seré el último en desenvainar la espada; pero de esto á atacar á las personas indefensas, y atacar contra su vida y sus bienes, hay una gran diferencia.

—¡Cuatro balazos al punto! gritó el capitán.

El bandido que habia hablado se calló, y ni una voz se levantó en defensa del jóven: solo la mujer lo miraba con benévola curiosidad, aunque sin atreverse á abrir los lábios, delante de sus imperiosos dueños.

—Enhorabuena: matadme! exclamó el jóven: solo os pido un favor, el que me dejeis contemplar, antes de morir, el hermoso paisaje que debe descubrirse desde aquella peña: quiero ver como el sol acaba de desembarazarse de la nube que lo oculta, y viene á derramar de lleno sus rayos de fuego sobre nuestras cabezas; quiero admirar por última vez el sublime espectáculo de la naturaleza. ¿Me privareis tambien de ese

placer, como quereis privarme de la vida?

—No somos tan inhumanos, dijo el capitán: bien puedes adelantarte hasta el borde de la peña, que no por eso has de escarparte, y aún te aconsejo que te inclines hácia el abismo; con eso sino mueres de las balas, morirás de la caída, no padecerás, y nos ahorrarás el trabajo de volver á comenzar de nuevo.

—Muchas gracias por el aviso, replicó el jóven, y en pago de tu condescendencia, te ofrezco tomar el consejo. Y al decir esto, se adelantó hácia una especie de plataforma de rocas á cuyo pié se abria un valle inmenso, que presentaba á la vista uno de esos magníficos panoramas en que es tan pródigo el suelo de Italia.

El primer bandolero al ver la serenidad admirable del jóven dijo entre dientes, dejando descansar en tierra la culata de su carabina:

—¡Lástima es que muera ese muchacho!

Los demás se prepararon á hacer fuego.

—Dios mio! exclamó el jóven, trasportado de entusiasmo al descubrir el sorprendente paisaje que se ofrecia á su vista. ¡Cuántas maravillas! ¿Vióse nunca mas sublime espectáculo? Aquí la na-

turalaleza ha reunido todos sus rigores; allí todo su esplendor y lozanía. Oh! bien se puede morir despues de haber contemplado este cuadro! ¡Gracias Dios mio! ¡Gracias...

Y llevado de su religiosa admiracion, el jóven puso una rodilla en tierra.

—¡Deteneos! gritó el capitán á los bandidos que iban á hacer fuego. Está rezando y debemos respetar su devocion.

El jóven permanecia entre tanto orando, ó por lo menos en la misma actitud sin levantarse.

—¿Qué diablos de Letanía reza? dijo impaciente al cabo de un rato, el viejo. Vamos á ver si acaba luego su rosario; sino es que prefere ir á despacharlo al otro mundo.

Acercóse en efecto al jóven, quien con un lapicero en la mano estaba copiando sobre la rodilla aquel paisaje encantador, en el que destacaba entre los matorrales, una casita abandonada, que ocupaba una posicion pintoresca, en la pendiente de la colina. No bien la vió el capitán, cuando una exclamacion de sorpresa y de placer, se escapó de su pecho.

—¡Mi casa! dijo ¡mi antigua casa!.... Aquella en que vi por vez primera la luz del dia. ¡La

que los enemigos devastaron sin objeto, por solo el gusto de hacer daño! ¡Oh! amadas ruinas! pronto dejareis tambien vosotras de existir!.... El bribonzuelo! Como ha sabido entresacarla de enmedio de las malezas que la ocultan!....

—Debió ser una buena habitacion, dijo con indolencia el jóven.

—¡Oh! si la hubieseis visto, prosiguió el viejo con entusiasmo, que hermosa estaba en medio de los rosales que florecian dos veces al año, como los de Pestum! La puerta, que se abría á la parte del Levante, estaba cubierta de madre-selva. Era en efecto muy risueña y hermosa. Mi padre vivió en ella feliz como un monarca, hasta que no pudiendo pagar los impuestos con que nos abrumaban los extranjeros, estos la saquearon. Mi padre pereció defendiéndose; mi madre murió de pesar; y yo, privado de mi familia, huí á los montes solo, y alimentando un odio grande á todos los hombres. Desde entonces he cometido crímenes horribles; mi corazon se ha empedernido; he visto arder impasible millares de casas he visto correr del mismo modo; arroyos de sangre; he llevado en fin mi venganza al último extremo.... y sin embargo

no puedo contemplar esa choza arruinada, sin sentir crueles remordimientos.

El bandolero fijó de nuevo sus ojos humedecidos en el dibujo del pintor. Grande fué su admiración cuando, en lugar de las ruinas, vió una cabaña entre rosales con la puerta sombreada por la madre-selva.....

El jóven había completado rápidamente su dibujo, según la relación del viejo capitán, mientras este se abandonaba á sus recuerdos.

—¡Eso es! ¡Sí, eso mismo! exclamó con efusión, estrechando la mano del jóven cariñosamente.

Los bandidos admirados de tan extraña escena, acudieron todos, quedando sorprendidos al ver el dibujo, y felicitaron á su manera al jóven por su talento y por su habilidad.

—¿No es cierto amigos, les dijo éste, orgulloso con los elogios que le tributaban, que en estos rasgos existe la naturaleza viva que se ha reflejado en mis ojos como en un espejo? No es cierto que yo no soy bueno para Cardenal ni para Prelado y que mi vocación es la de un artista? Mis padres me enviaron con los religiosos del convento de Samasca: no me quejo por ello: allí he aprendido á leer

los antiguos poetas latinos, y á conocer y amar á Dios sobre todo, que es la gloria verdadera de esta vida y de la otra. Tengo diez y ocho años y el corazón lleno de entusiasmo y de afán. Recorro estos montes por ver si en ellos hallo con que adquirir la fortuna. Mi familia es pobre, mi padre Antonico Rosa es un artista que, no se por qué no ha querido que trabajase á su lado, empeñándose en que fuera teólogo; mas yo que soy pintor, poeta y músico no me siento con fuerzas para otros estudios. Hé aquí porque me habeis hallado en estas montañas, y me veo expuesto á las balas de vuestras carabinas.

—Jóven! dijo el bandido, que había hablado el primero, nada temas: nosotros te tomamos bajo nuestra protección. Aquí donde me vest también yo fui pintor: dejé los pinceles por la carabina, porque estoy enamorado de la hija de este valiente. ¿Ves esa mujer de fisonomía tan bella y pura como los ángeles de Rafael? pues ella es objeto de mi apasionado amor: para llegar hasta ella me hice bandido, y me hubiera hecho verdugo si preciso fuese. ¿No habrías hecho tu lo mismo?

—Muy linda es en verdad, replicó el jóven, y capaz de hacer perder el juicio á cualquier mor-

tal. Su retrato sería magnífico, añadió fijando sus ojos negros y expresivos en la compañera del bandido, y te lo ofrezco por mi rescate.

Los ojos de la mujer brillaron de alegría y el viejo capitán, cuyo corazón no conservaba otras fibras sensibles que las que tenían relación con su hija, y con su antigua casa, se sonrió al mirarla, y dijo al joven:

—Acepto la proposición; pero no será en calidad de rescate sino que cubriré de oro tu bosquejo, como presumo que han de cubrirse algún día todas tus obras; porque te pronostico un porvenir brillante.

El joven puso mano á la obra inmediatamente, y fué reproduciendo con la mayor perfección, las facciones de la hermosa mujer que tenía delante, y dejando encantados, como es fácil de adivinar, á todos los de la cuadrilla.

—Toma! le dijo el bandido, cuando hubo terminado el retrato presentándole un bolsillo, ahí tienes doscientos escudos de oro. ¿Estas contento?

—Ya lo creo exclamó el joven lleno de alegría: los traficantes que me han comprado mis primeros bosquejos, no me tienen acostumbrado á tan alto precio. Ha sido preciso que penetrara en

las escabrosas sinuosidades de los Abruzos, para hallar un estímulo en mi carrera. Y de parte de quien!.... En verdad que los arcanos de la Providencia divina son inescrutables. Parto á Roma; en adelante consagraré toda mi vida al arte y más adelante desenvolveré cuanto debo: el arte ha sido mi salvador, y Salvador será el nombre con que firmaré todos mis cuadros.

—Que me place, exclamó el bandido, contemplando entusiasmado el retrato; y puedes estar seguro de que, andando el tiempo, ocupará un lugar distinguido en el catálogo de artistas eminentes, el nombre de Salvador Rosa!

ARACELI.

— — —  
**MAGDALENA.**  
—

Una mujer más bella que las azucenas y las magnolias que perfuman las faldas del Carmelo, rubia como las espigas del Egipto, blanca como las blancas espumas que besan murmurando las riberas del Jordan; con los labios como la flor del Terebinto y los ojos del color de un cielo sin nubes, llora con la frente inclinada y cruzadas las manos sobre el morbido seno en el apartado rincón de la espaciosa cámara de una de las casas más suntuosas de Jerusalén.

Está sola; las siervas que la han destocado se han retirado á una seña suya, y sobre el sitio inmediato al que ocupa,

se vé arrojado el manto que cubriera sus sienes.

Las lágrimas que tiemblan en sus largas pestañas y ruedan por sus megillas, se asemejan á las transparentes gotas de rocío, suspendidas sobre el cáliz de la entreabierta rosa; aunque son mucho mas abundantes, pues corren una en pos de otra sin agotarse jamás.

Y, sin embargo, ella las deja caer sin cuidarse de enjugarlas, y sin mudar por un instante la actitud melancólica y triste en que sumida está.

¿En qué piensa? ¿Qué motiva su amargo dolor? ¿Porqué aquellos lábios donde la risa y el placer formaron su nido, hoy solo suspirar y comprimirse saben?

¡Ay! que aquella muger que era ayer la más hermosa doncella de Magdala, y que es hoy la pecadora más libre de Jerusalem, ha visto brillar ante sus ojos un rayo de luz celeste, ha sentido su corazón estremecerse al eco de una voz sagrada; y los amores y las vanidades, y los anhelos de la tierra, se han fundido en su alma en un solo amor, en el amor que salva y purifica, al calor de una sola y divina mirada.

Atraída por la curiosidad, impulsada por la multitud, ha acudido aquel día al átrio del templo, á contemplar por un momento al que habla á los pecadores en nombre del Señor, y las palabras de aquella boca, y la penetrante mirada de aquellos ojos, han obrado en ella, el milagro supremo de una completa transformación.

Su espíritu ofuscado por los placeres de la tierra, ha vislumbrado por un momento las delicias del Cielo.

El inmenso vacío que han dejado en su pecho las pasiones mundanas, ha venido á llenarse con un deseo infinito, con un amor desconocido, con un sublime afán, que ni aun en sueños adivinara.

Y la pureza de este amor ha santificado su espíritu, y los castos anhelos del mañana han borrado la huella fatal de los anhelos del ayer, y la pecadora se ha hecho penitente, y la mujer se ha transformado en ángel.

Y Magdalena lamenta sus pasados errores, y se olvida del mundo al suspirar por el Cielo; y diera las horas todas de su vida, y derramára la sangre de sus venas gota por gota, si con ella pudiera lavar las manchas que empañan la pureza y la hermosura de su alma.

Y en medio de su aflicción, en medio de la angustia de su arrepentimiento infinito, rasga su túnica de púrpura, arranca las perlas de su frente y de su cuello los brillantes, destrenza sus cabellos, arroja sus perfumes; y ciñendo su talle con un tosco sayal, sale de la estancia, tomando solo de todas cuantas riquezas y primores adornan su bellissimo camarín, un vaso de alabastro lleno hasta el borde de esencia de nardo.

Los esclavos y las siervas que la ven salir de aquel modo, corren maravillados á detenerla, ofreciéndola las doradas literas en que la han conducido otras veces.

Pero Magdalena no los escucha, y cruza ante ellos, tan rápidamente como la gacela huye por la selva al oír los primeros tiros del cazador.

Y sola y destocada y pálida y llorosa, cruza las calles de Jerusalem, causando

con su presencia el pasmo y el asombro, como antes había causado la locura y el escándalo.

¿Dónde vá? ¿qué busca? ¿qué intenta lograr?

¡Ah! busca al que con su palabra domina los corazones, corrije los vicios, y devuelve la salud al alma y la paz al espíritu.

Busca al que clemente y sábio ha defendido ya á otra mujer como ella culpable; busca al que mañana perdonará á la faz del mundo á un Jefe de bandidos, rehabilitando á aquella con su palabra, y regenerando á este con su sangre.

Los piés de Magdalena, descalzos en señal de penitencia, tocan á penas las duras piedras, en la lijera velocidad de su carrera, hasta que al fin, fatigada y sin aliento, llega á la puerta de Simon el fariseo y se detiene irresoluta en el umbral.

—¡Oh! murmura, si el oprobio de mi vida pasada habrá llegado hasta Él? ¿si se apartará de mi lado como nos separamos del desbordado del rio, cuyo revuelto cieno, puede salpicar nuestra túnica, ó manchar nuestro pié? Si me arrojará de su presencia juzgándome indigna de besar la orla de su vestido? ¡Ay de mi, que tiemblo y me siento morir!

Y aquella mujer cae de rodillas, y oculta el hermoso y pálido semblante entre las manos, mientras su pecho se levanta en angustioso y triste sollozo.

—Esta duda es cruel, exclama al fin, preferible es á ella la muerte mil veces. El no puede desoir mi voz, porque es la voz destrozada por el arrepentimiento y purificada por el dolor. Él ha dicho que

viene á dar la vida: Él ha dicho que viene á salvarnos: que busca los pecadores, y los perdona y los salva y redime.

¿Por qué vacilo, si su lema es misericordia y piedad?

Y, animada por esta idea, la impura pecadora se alza del suelo, dá algunos pasos, penetra en el átrio, y llega hasta la estancia en que el corazon le dice está Jesús

Lo vé en efecto, oye que habla del Cielo á sus discípulos que les escita á la fé, á la esperanza y al amor.

Magdalena se acerca temblando, sus lábio no pronuncia una sola frase, sus ojos no se alzan del suelo, y cae á los piés del Hijo de Dios, bañándolos con sus lágrimas y ungiéndolos con sus perfumes.

Y aquellas lágrimas estremecen el corazon de Jesús, y aquel dolor conmueve su alma; y lo que no hubiera logrado todo el oro de los emperadores romanos lo consigue el llanto de aquella mujer arrepentida; lo consiguen los suspiros de un amor casto, infinito, que por primera vez inunda el alma ardiente de Magdalena. Y la palabra perdon, llega al oído de la culpable pecadora aún antes que la pronuncien los lábios del Redentor; porque su corazon la adivina al través de su mirada.

Los compañeros de Jesús contemplan absortos aquella mujer, más hermosa en su aflicción y desaliño que cuando cubierta de púrpura y pedrería atravesaba las calles de la ciudad, con el soberano aspecto de una Reina.

(Continuará.) ENRIQUETA.

De (El Pilar.)

Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.